

LUIS RAFAEL SÁNCHEZ

1181937
L361811
20/00/08
M

CASI EL ALMA

Auto de fe en tres actos



EDITORIAL CULTURAL INC.

Roble, 51
RIO PIEDRAS, P. R.

MINAHIO MUL, DISCIPLIN,
JOSE EMILIO GONZALEZ
1974
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

PERSONAJES

(en orden de aparición)

LA MUJER
EL HOMBRE
LA SEÑORA
EL ENVIADO

vivir
es
dejar
que
el
cuerpo
refugie
el
deseo
mientras
se
pierde
el
alma o casi el alma

*Estrenada en el Teatro Tapia, San Juan, Puerto Rico, el 23 de abril
de 1964, por el Instituto de Cultura Puertorriqueña.*

REPARTO

(en orden de aparición y audición)

LA MUJER	<i>Marta Romero</i>
EL HOMBRE	<i>Jacobo Morales</i>
LA SEÑORA	<i>Norma Candal</i>
EL ENVIADO	<i>Alberto Zayas</i>

REALIZADORES

Director	<i>Pablo Cabrera</i>
Escenografía e iluminación	<i>Carlos Marichal</i>
Vestuario	<i>Gloria Sáez</i>
Ayudante del director	<i>Ligia Rolón</i>
Realización escenografía	<i>Jesús Santiago</i>
	<i>Pedro Luis Tosado</i>
	<i>Pedro Juan Hernández</i>
	<i>Enrique Gómez</i>
Utilería	<i>Teatro El Cerní</i>
Sonidos	<i>Félix H. Rivera</i>
Tramoya	<i>Manuel Benito</i>
Cartel	<i>Carlos Marichal</i>
Electricista	<i>José Pérez</i>
Ayudante	<i>Vicente Rufo</i>
Fotos	<i>Jorge Diana</i>
	<i>Vicente Hernández</i>
Publicidad	<i>Francisco Arrivi</i>
	<i>Isabel Cuchi Coll</i>

Tiempo de acción:

PRIMER ACTO. Primer día: día de la entrada del hombre en el laberinto.

SEGUNDO ACTO. Primer día: día del nacimiento del milagro.

TERCER ACTO. Cualquier día: día de la condena final.

Intermedios de diez minutos.

PRIMER ACTO

Primer día. Día de la entrada del hombre en el laberinto.

El cuarto es un escondrijo al que se llega por dos puertas estrechas: la del fondo que abre a un zaguán oscuro y comunal cuya arcada onidula tres veces el espacio y la del lado izquierdo que lleva a una segunda habitación separada por dos escalones del nivel raso del piso. Una ventana de dos hojas es puente que cruza el aire y el vocerío callejero y la luz creciente de unas dos de la tarde.

En el cuarto nada es notable. Ni los sillones de existencia maltrecha, ni la butaca cuya culera cede a cualquier peso, ni la mesita breve que multiplica figuritas de cinco y diez, ni el aguamanil que adorna la tablilla que alguien ha clavado al lado de la ventana. Ni siquiera llaman la atención el amarillento lavamanos o la estufita de gas o la nevereja antigua, artefactos que esconden su humildad por alguna esquina inútil.

Por alto se acomodan las vigas, compactas y rítmicas, por lo bajo se acomoda la mujer.

Que es flaca. El pelo abundante lo lleva revuelto. Tiene los ojos protegidos por espesas ojeras, ojos profundos que archivan una sucesión ininterrumpida de dolores. La piel es oscura, terroso el tono; huesuda en conjunto, feucha y vulgar. Resumiendo, mujeruca de poca monta.

Ciñe la falda a las ancas rabiosamente, dejándose suelta la blusa. Anda descalza, quedados los zapatos en una esquina, listos al primer aviso; desasida interiormente según nos cuenta su moroso estar, como rota por el pecho, viviendo en cadena perpetua una pobre vida. Así la encontramos comenzada la acción, sentada en la butaca cuya culera cede a cualquier peso, mientras se pinta las uñas de las manos.

Una tonadilla pegajosa viene trepando los aires, tonadilla nostálgica de épocas pasadas que resucita entre los latidos de una sinfonía de boca.

La mujer, atraída por el encanto, vuelve la cabeza hacia la ventana, tarde según parece, pues la música cesa prontamente. Apenas vuelta la mujer a su simple faena, asoma por la ventana el hombre repitiendo con grata disposición su concierto andariego.

El hombre lleva crecido el bigote, repletas de sangre las mejillas, mezclando en los ojos la fascinación del payaso y el clérigo, tan lejanos e insinuantes que parecen venirle de más allá del cerebro, Tal vez de lo que algunos profanos llaman la conciencia. La ventana lo parte en la cintura pero el pecho sigue siendo corpulento. Hay algo en el conjunto de sus rasgos que recuerda a los predicadores que llevan la santa palabra de hogar en hogar.

La camisa tiene recuerdos de una época blanca. El chaquetón se ajusta sin botones. El pantalón hecho de arrugas.

No bien llega el hombre a la ventana protesta la mujer.

LA MUJER

¡No se canse soplando que no tengo un centavo!

El hombre sonríe a través de la música.

LA MUJER

¡Por mí se muere en esa ventana!

El hombre se las arregla para tocar y sonreír.

LA MUJER

Si fuera Pascua le daba el aguinaldo pero entrada la cuaresma la cosa se pone fea. Se tranca el negocio y ni para el cuarto da. *(Con coraje.)* Oiga, no siga, que le dije que no tengo.

El hombre deja de tocar. Al quitarse la sinfonía de la boca regala a la mujer una sonrisa.

EL HOMBRE

Yo no le he pedido nada.

LA MUJER

El cuento de siempre. Algo habrá que darle, agua, café, cerveza...

EL HOMBRE

(Interrumpiendo.) No, se lo aseguro, nada.

LA MUJER

¡Sabré yo que hay que darle algo! Uno no va a ser tan maceta. A mí me gusta obsequiar. Aquí nunca faltan la cerveza y el palito. Però está la semana fatal. Aboné la mitad del alquiler para quedarme por lo menos con cinco pesos en lo que cae alguien y ya se me han ido tres. De los dos que me quedan tengo que sacar uno para el matiné esta tarde y quedarme con uno hasta que Dios quiera. La nevera da grima. Ni agua hay.

EL HOMBRE

¿Se puede pasar?

LA MUJER

Oiga, ¿usted no entiende? Hoy no puedo darle nada. Además, le dije a mis amigas que las procuraba a la una y media y todavía estoy dando vueltas.

EL HOMBRE

(Terco.) No me ha contestado si puedo pasar.

LA MUJER

Bueno, pase.

EL HOMBRE

(Entrando.) Gracias.

LA MUJER

(Rápida.) Aunque ya me estoy yendo. *(Complaciente.)* Venga otro día. Me coge aquí por las tardes. Por las mañanas no venga. Ahora, si puede venir por la noche mejor. Compramos la cervecita, hablamos, nos reímos, toca la sinfonía, me cuenta su vida.

EL HOMBRE

Usted me cuenta la suya.

LA MUJER

(Riendo.) No tengo nada que contar.

EL HOMBRE

Alguito se tendrá escondido.

LA MUJER

(Sosa.) Nada. Hace seis años que vivo aquí. Antes de aquí vivía en otro sitio. *(Ambos ríen.)* Hace seis años que vivo de lo que vivo. *(Ríen de nuevo.)* Soy una mujer...

EL HOMBRE

Sin pasado.

LA MUJER

(Riendo fuerte.) Suena a título de película.

EL HOMBRE

Usted se ríe bien.

LA MUJER

¡Mira qué tal!

EL HOMBRE

¿Pido permiso para sentarme?

LA MUJER

(Dejando la risa.) Otro día se sienta. Si lo mejor que se hizo fue un día tras otro.

EL HOMBRE

No dejes para mañana...

LA MUJER

No, no, hoy no puedo. Le dije a las muchachas que a la una y media.

EL HOMBRE

Y como no llegó se fueron.

LA MUJER

(Molesta.) ¿Que se fueron?

EL HOMBRE

Se cansaron de esperar.

LA MUJER

Ellas sabían muy bien que yo iba un poquito tarde. Bastantes veces que yo he esperado por ellas. ¿Que se fueron? Y yo como una misma... Una tratando de avanzar para cumplir. ¡Qué condenación! ¿Había una trigüeñita?

EL HOMBRE

(Afirmando.) Bajita ella...

LA MUJER

La misma. Esa fue la del ajoro. *(Enojada.)* ¿Hace rato?

EL HOMBRE

Cuestión de un cuarto de hora.

LA MUJER

Pues me quedé sin ir. Esta mañana se lo dije a Luz María: Hoy es mi turno en la Unidad pero regreso temprano. Llegué después de las doce por estar discutiendo con una enfermera que no encontraba mi tarjeta. Me preguntó como ochenta veces si yo estaba registrada sabiendo que estoy registrada porque me está viendo la cara hace seis años. Cuando vine a ver ya

eran las tantas. Ellas como estaban toda la mañana en la casa se adecentaron desde el amanecer. Total, que la que inventé el viaje al cine fui yo.

El hombre juega algo con la sinfonía. Luego la saca y la guarda en un bolsillo de la chaqueta.

Tantas ganas que yo tenía de ir. ¡La prisa de Luz María! Fosforito le van a poner. *(Por las uñas.)* ¡No se me secan! Oiga. ¿Y cómo usted sabía que esas eran mis amigas?

EL HOMBRE

Preguntando se llega a Roma.

La mujer hace un mohín de rico disgusto, pero rápido lo cambia por una mirada caprichosa.

LA MUJER

Sópleme las uñas de esta mano para avanzar.

El hombre llega hasta la mujer y comienza a soplarle las uñas.

LA MUJER

Hace cosquillas.

EL HOMBRE

Hace.

LA MUJER

A que adivino dónde compró la sinfonía.

EL HOMBRE

A que no.

LA MUJER

En una tiendita que tiene muchos guindalejos en la puerta.

EL HOMBRE

Adivinó.

LA MUJER

Que venden también ropa militar usada.

EL HOMBRE

Allí mismo.

LA MUJER

Yo sé dónde es. Yo he ido dos veces. *(Señalando el aguamanil.)* Aquel cantarito lo compré allá. Todas las semanas le pongo una peseta de flores a la Virgen y esta semana ni eso. Pero ella me lo perdona. *(Amarga.)* Como me habrá perdonado un montón de cosas. *(Por las uñas.)* ¡Se secaron! Una peseta, ¿verdad?

EL HOMBRE

¿Qué?

LA MUJER

Le costó la sinfonía.

El hombre asiente.

Yo creía que no tocaba. Como se ve tan poquita cosa. Prés-temela.

El hombre saca la sinfonía del chaquetón y se la da a la mujer. Esta se la lleva a la boca.

Linda que es la música. A mí me gusta la que no es escandalosa. *(Vuelve a tocar.)* Da como un friíto y una pena.

La mujer se estremece y se abraza ella misma. Luego devuelve la sinfonía al hombre y, sonriendo, dice:

Bueno, ahora puede sentarse.

EL HOMBRE

(Sentándose.) Gracias.

LA MUJER

No me convendría ir al cine, ¿verdad?

EL HOMBRE

Tal vez.

El hombre vuelve a jugar con la sinfonía. La mujer va hasta el otro sillón. Se mece un poco. Algo mueve al hombre a guardar la sinfonía en forma apresurada.

LA MUJER

¿Se cansó?

EL HOMBRE

Parece que sí.

LA MUJER

¿Hace tiempo que está pidiendo?

EL HOMBRE

No... no... yo realmente... no ando pidiendo.

LA MUJER

¿Y para qué toca la sinfonía?

EL HOMBRE

Para... entretenerme... para no ir solo... para que me sirva de compañía.

LA MUJER

Hay gente que se saca cosas.

EL HOMBRE

(De pronto.) ¿Quién la acompaña a usted?

LA MUJER

(Como un relámpago.) Yo misma. Me preparo el café. Me plancho la ropita. Barro si tengo que barrer. Me hago los moñitos. Me entretengo lo más bien y no tengo ninguna sinfonía.

EL HOMBRE

Ya se ve.

LA MUJER

Quítese el chaquetón que se va a ahogar.

EL HOMBRE

No, gracias.

LA MUJER

Por mí no lo haga que yo soy de la casa.

EL HOMBRE

Gracias.

LA MUJER

Y usted es de la casa también.

EL HOMBRE

Gracias.

LA MUJER

No me dé tantas gracias que se va a quedar sin ningunas.
Ambos ríen.

¿Qué hora será?

EL HOMBRE

Las dos.

LA MUJER

(Levantándose rápida.) No puede ser. Si hace un momento eran las doce. ¿Las dos?

EL HOMBRE

Sí, estoy seguro pues hace quince minutos le pregunté a una señora.

LA MUJER

(*Con malicia.*) ¿Le alzó la falda?

EL HOMBRE

Imposible.

LA MUJER

Entonces, ¿cómo puede decir que era señora?

EL HOMBRE

(*Sin entender.*) ¿De quién habla?

LA MUJER

De la mujer del reloj.

EL HOMBRE

¿Llevaba reloj?

LA MUJER

Usted habló de horas.

EL HOMBRE

(*Con reticencia.*) Las horas se quedan fuera del reloj.

LA MUJER

(*Con mueca.*) Primera noticia.

EL HOMBRE

(*Explicando.*) Las horas son heridas nuevas en la vida de cada quien.

LA MUJER

Ha debido empezar por ahí.

EL HOMBRE

No se puede empezar por lo que no existe. No soy un utópico.

LA MUJER

(*Vulgar.*) ¿Con qué se come eso?

EL HOMBRE

(*Resumiendo.*) La mujer no llevaba reloj.

LA MUJER

(*Majadera.*) ¿Cómo sin tener reloj aseguró que fueran las dos?

EL HOMBRE

(*Dudando.*) Tal vez porque estaba triste. En ese momento le tocaría su dosis de tristeza. ¿No le ha pasado?

LA MUJER

¿El qué no me ha pasado?

EL HOMBRE

Determinar el tiempo en que vive por el estado de ánimo en que se encuentra.

Pausa.

LA MUJER

No entiendo.

EL HOMBRE

(*Molestándose.*) Que si no sabe la hora dependiendo de la marcha de su corazón.

LA MUJER

Habla usted de mi tic tac.

EL HOMBRE

Hablo de su corazón.

LA MUJER

Es la misma historia.

EL HOMBRE

(Insistiendo.) Dígame, ¿no le sucede?

LA MUJER

(Pensando.) No.

EL HOMBRE

A mí me toca a la misma hora.

LA MUJER

¿El qué?

EL HOMBRE

La tristeza.

LA MUJER

(Sonreída, extrañada.) ...La tristeza. ¿A qué hora?

EL HOMBRE

A las siete. Hora de empezar a vivir. Me levanto, me tiro a la calle, recojo una colilla. No me llevo el humo al pecho sino que lo soplo hacia afuera. ¡Así! (Lento.) Con el humo la tristeza empieza a salir. Puedo anunciar una a una las horas que desfilan frente a mis ojos.

El hombre cierra los ojos y grita el paso de las horas en tono heráldico desesperado.

¡Siete de la mañana! Hora que anuncia el comienzo de la lucha, hora perversa y asesinaaaaa. ¡Ocho de la mañana! Promesa de un día infinito, promesa, promesaaaaa. ¡Nueve de la

mañana! Sacudida del día al tropezar con la conciencia, agonía, agoníaaaa. (Abre los ojos despacio.) Hasta que al fin la sangre anuncia las diez de la mañana. ¡La sangre se hace necia a las diez de la mañana! Brinca por las venas como azogue, huye de lado a lado limpiando los residuos de la fatal tristeza; borra sombras y prepara la entrada de la piedad.

El hombre comienza a recoger su mole metiendo los brazos hacia adentro. Curiosamente ha dejado caer los hombros y una cierta ternura le nace por la voz.

Entonces los miro pasar.

LA MUJER

¿A quién?

EL HOMBRE

A la gente. (Explicando.) Es mi debilidad. Mirar la gente. Los sigo con la vista hasta que se hacen un punto en la lejanía. Trato de atravesarles la piel y sentarme en su propio corazón. La piedad me posee hasta el punto de las lágrimas. Soy hermano de toda criatura. Amo el árbol que crece ahí enfrente, río con el gato que camina frente al carro último modelo. Hago una lista mental de los que pasan. Una señora con un perro, un hombre con sombrero, una mujer encinta, una vieja que escupe, un niño que corre, un cojo que vende billetes, una ciega que pide limosna, una tullida que vende su dolor, un ladrón, un borracho, uno que barre, uno que ensucia la acera, uno que hiere, uno que mata. Los imagino en las situaciones más difíciles y desagradables para aprender a compadecerlos. Hasta que los defino.

LA MUJER

Eso último no lo he cogido.

EL HOMBRE

Los defino. (Amable.) Busco el significado de cada vida.

La mujer mueve la cabeza haciendo esfuerzos por entender.

¿No sabe que cada hombre y cada mujer tiene su particular significado?

LA MUJER

(Excusándose.) Yo me salí de sexto grado. 2

EL HOMBRE

Hay cosas que se saben desde siempre. Uno nace y ya lo sabe. Es algo que no se aprende. Alguien te pasa por el lado y tú le vives brevemente la vida, llegas a pensar qué hace y por qué lo hace. No ocupa siquiera un minuto ese pensamiento. Pero ayuda a vivir.

LA MUJER

(Orgullosa.) Yo no me meto en la vida de nadie. Todos tenemos el agua hasta el cuello. Cada cual lucha como puede hasta que le llega la hora. Nadie hace nada por nadie. Y como uno tampoco hace nada por los demás, se empata la pelea.

Comienza a elaborar sobre esto más para sí misma que para el hombre.

3 a seguir
Pero si nadie hace nada por uno... y... uno tampoco hace nada por nadie... pues... ni uno tiene derecho a vivir la vida de nadie... ni nadie tiene derecho a vivirle la vida a uno.

EL HOMBRE

El otro siempre importa. el otro

LA MUJER

A mí no. a él

EL HOMBRE

¡Es imposible no juzgar! ¡Es imposible no tomar parte! ¡Es imposible no comprometerse! Nadie puede escapar.

LA MUJER

(Terca.) Yo sí. para vos es un juego

EL HOMBRE

(Retándola.) ¿Quiere probar?

LA MUJER

No me importa la vida ajena. sin a mucha el lo detiene p

EL HOMBRE

No es uno el que decide. Es lo que resulta gracioso. No es uno el que decide. Uno solamente se ajusta al ritmo. Pruebe. Arriéguese.

LA MUJER

Ahí sí que no caigo. como a los y luego tuón chris al des el la ataje

EL HOMBRE

(De pronto.) ¿Qué es una señora con un perro?

La mujer se tapa los oídos con las manos.

LA MUJER

No oigo, no oigo, no oigo. se tapando con las manos

EL HOMBRE

(Por sobre la voz de ella.) ¿Qué es una señora con un perro?

LA MUJER

No oigo, no oigo, no oigo. el la ataje

EL HOMBRE

(Acosándola.) ¿Qué es una señora con...? pagh centis

LA MUJER

(Interrumpiendo.) Una señora con un perro es nada más que una señora con un perro. el lo ataje

EL HOMBRE

Eso es lo inevitable. Pero, qué más.

LA MUJER

¿Puede ser algo más?

EL HOMBRE

Contéstese usted misma.

LA MUJER

Ay no, no, no, no, no.

Resistencia
La escena cobra el sortilegio de un extraño rito.EL HOMBRE *por culpa de ser*

(Enérgico.) Levante la mano... levántela. Sienta que algo la arrastra. Mire cómo la mano se agarra a algo. ¡A algo! Olvídense de usted. Hace bien olvidarse de uno de vez en cuando.
(De pronto.) ¿Qué es una señora con un perro?

LA MUJER

(Agotada.) Una señora sola.

EL HOMBRE

(Frenético.) Cercene esa palabra. Estrangule esa palabra.

LA MUJER *pena a ella en la bufo*

¿Cuál?

EL HOMBRE

Sola.

LA MUJER

So - la.

CASI EL ALMA

EL HOMBRE *seanotado (una)*

Más lento.

LA MUJER

S-o-l-a.

EL HOMBRE

¿Qué es una señora con un perro?

LA MUJER

Una mujer que no tiene a nadie.

EL HOMBRE

¿Y un hombre con un bastón?

LA MUJER *trabaja del*No voy a seguir... no. *se levanta*

EL HOMBRE

(Insistiendo.) Con un bastón... *se la ataja*

LA MUJER

Un hombre que busca apoyo.

La escena empieza a hacerse vertiginosa. La mujer busca las respuestas en la cuarta pared. Al principio titubea, a la quinta o sexta letanía el ritmo se hace prodigioso.

EL HOMBRE

Un niño que cruza la calle.

LA MUJER *se le va la cara y se agacha*

Otro soldado para la guerra.

EL HOMBRE

Una mujer mirando una rosa.

et p. dentro a ventura

LA MUJER

Una enferma de amor.

EL HOMBRE

Un viejo que tiembla de frío.

LA MUJER

Una llama que quiere apagarse.

EL HOMBRE

Un hombre que quiere morir.

LA MUJER

Otra vida que sabe el tormento.

EL HOMBRE

Una voz implorando justicia.

LA MUJER

Una voz que se muere en el desierto.

EL HOMBRE

* Una mujer que alquila su cuerpo. (*La mujer se queda petrificada.*) ¡Una mujer que alquila su cuerpo! (*En grito.*) Siga. El mundo agoniza frente a nosotros. La vida se nos ahoga dentro. Hay que definir para salvar.

Le levanta la barbilla.

LA MUJER

* (*Fuerte.*) Déjeme.

EL HOMBRE

No. (*Cruel.*) Yo también pago. (*Saca del bolsillo algún dinero.*) Sigamos el juego.

LA MUJER

No puedo. Tengo miedo. Es la primera vez que me pasa. Es miedo y es... otra cosa también. Ganas de encogerme y hacerme bien chiquita. (*De pronto.*) Tiene razón. Las horas son... (*Olvidándose.*) son... (*Preguntando.*) ¿qué?

EL HOMBRE

Heridas nuevas.

LA MUJER

Eso. Heridas frescas. (*La mujer respira hondo. Se pasa la mano por la cabeza, perdida, asustada.*) Estar triste es saber la hora.

EL HOMBRE

Bien.

LA MUJER

Estar alegre es saber la hora.

EL HOMBRE

(*Sonriendo.*) Aprendió.

LA MUJER

Morir podría ser saber la hora.

EL HOMBRE

De eso no hablemos.

LA MUJER

No me haga caso. Estoy cansada. (*Débil.*) Usted me ha cansado. Hablar no es mi fuerte. Prefiero que me trepen. Aparte de que no entiendo ni jota. Se asoma por la ventana, le digo que voy a salir pero entra.

EL HOMBRE

No podía ir a ningún sitio. Sus amigas se habían ido.

LA MUJER

Pude alcanzarlas. Las guaguas tardan una barbaridad. Todavía estarán en la parada. Si usted no llega me hubiera dado tiempo.

EL HOMBRE

No podíamos escapar el uno del otro. Estaba escrito que hoy era el encuentro. Estaba dicho por los siglos de los siglos. He escrutado todo rostro de mujer. Más de una vez me he confundido. Ahí está... Es ella. No la dejes ir. Llegué a sorprender a dos o tres con mi afán y mi búsqueda. Pero tú pertenecías a este viernes de la resurrección. Me he bebido muchos caminos buscándote.

LA MUJER

¿Y ahora es que llega? Seis años atrás se lo hubiera agradecido. *(Sin amargura.)* Yo era otra cosa. Podía dar... qué sé yo... lo que un hombre merece. Ahora, ¿qué me queda? Un viejo cuerpo sin remedio. Unas cuantas noches tibias. Un cuarto que no es mío. *(Mirando a su alrededor.)* Una neverita... un cantarito. ¡Qué bien! *(Descubriéndolo.)* Si uno hace una lista de las cosas que tiene, se da cuenta que apenas si... tiene nada.

EL HOMBRE

Usted por usted misma basta.

LA MUJER

Por mí misma valgo muy poco. *(Aclarando.)* Antes, por lo menos, era buena.

EL HOMBRE

Ahora es mejor. El dolor limpia. El dolor salva.

LA MUJER

Al que merece salvarse, sí. Yo no me lo he ganado.

EL HOMBRE

Pienso de otra manera. Por eso insistí en quedarme. No traigo mala intención.

LA MUJER

Ese cuento es familiar. *(Con cinismo.)* No hay hombre que venga con mala intención. No hay uno solo que venga a comprarme. Todos andan buscando *(Burlándose)* la ilusión. *(Con risa nerviosa.)* Y vienen siempre a buscarla al cuartucho de alguna mujerzuela como si la ilusión fuese un paquetito que uno pone en cualquier tablilla o cuelga de cualquier cortina. *(Cambia el tono por uno terroso.)* Como si estos años no hablaran.

EL HOMBRE

Usted no quiere entenderme.

LA MUJER

No explique más. Si no me da coraje. Esto es un negocio. Aquí no se viene a otra cosa. El lechero deja el litro en la puerta. El contador de luz está afuera. El pan lo compro por la ventana. Todo el que cruza esa frontera anda buscando lo mismo. ¡Fuego para quemarse!

La mujer trata de dar al hombre la confianza que cree él no tiene. Por eso se torna suave, amable.

¿Cuántas noches ha dormido con la cama ancha? Una amiga mía dice que la cama es una isla donde van a refugiarse los solitarios. Verdad que tiene razón. Venga. Yo dirijo el juego ahora. Una isla nos está esperando.

La mujer levanta los brazos armoniosamente y los estira hacia el hombre. El hombre niega con la cabeza.

EL HOMBRE

No, eso sería demasiado sencillo, Maggie.

LA MUJER

(Bajando los brazos.) ¿Quién le dijo mi nombre?

El hombre camina hasta la puerta del fondo y la cierra.

EL HOMBRE

Desde ayer ando por estos alrededores. Te llamas Magdalena, verdad.

LA MUJER

No. Me llamo Maggie. Maggie la del siete.

EL HOMBRE

Es decir, Magdalena.

El hombre camina hasta la ventana y la cierra. La mujer mira sin inmutarse los movimientos del hombre. Este queda recostado de la ventana cerrada. La mujer ha quedado de espaldas a la cuarta pared.

LA MUJER

¿Quién es usted?

El hombre cruza un brazo sobre el pecho en un gesto sencillo pero profundo. Luego con voz firme, segura, lenta, religiosa, contesta la pregunta.

EL HOMBRE

El hijo de Dios.

La mujer, de tan quieta, parece una estatua. El hombre tiende el brazo que tenía en el pecho hacia la mujer.

¡Bienaventurados los que creen porque de ellos es el reino de los cielos! ¡Bienaventurados los humildes porque ellos alcanzarán la gloria! ¡Bienaventurados los que han padecido dolor porque tendrán descanso eterno! (La mujer comienza a

moverse y luego en carrera desbocada se lanza hacia la puerta pero el hombre impide la fuga.) No huyas Magdalena.

Las próximas líneas se susurran, tal la tensión. No es hasta el grito desesperado de la mujer, doce líneas después, que el tono se rompe.

LA MUJER

(Ronca.) ¡Maggie!

EL HOMBRE

Es decir, Magdalena.

LA MUJER

Váyase.

EL HOMBRE

(Seguro.) No puedo.

LA MUJER

Voy a buscar la policía.

EL HOMBRE

No te harán caso.

LA MUJER

Les diré que un hombre se ha metido en mi cuarto.

EL HOMBRE

Se reirán. Esto es un negocio, tú lo dijiste.

LA MUJER

Vendrán a buscarlo cuando les diga quién es usted.

EL HOMBRE

¿Quién soy yo?

LA MUJER

(En grito.) ¿Quién es usted?

EL HOMBRE

El hijo de Dios.

LA MUJER

Déjeme salir.

EL HOMBRE

Vine a hablarte.

LA MUJER

No quiero oírlo.

EL HOMBRE

Te pagaré mejor que nadie.

LA MUJER

No quiero ni un chavo. Lo que quiero es que se vaya y me deje en paz.

EL HOMBRE

Quiero regalarte la paz que tú no conoces.

LA MUJER

(Con desdén.) ¿Por qué a mí que soy una porquería? Busque cualquiera de esas mujeres que vigila a las diez de la mañana. Yo soy calle aparte.

EL HOMBRE

(Suplicante pero digno.) ¿No es justicia dejar que todos hablen? ¿No me vas a dar un momento?

La mujer no responde en seguida. Luego con cierta maña contesta.

LA MUJER

Si me jura no decirlo otra vez.

EL HOMBRE

Qué.

LA MUJER

Eso. Lo feo. Lo que no se dice.

EL HOMBRE

(Definitivo.) No puedo negarme a mí mismo. Soy el hijo de Dios.

LA MUJER

(Fuerte.) ¿Y el hijo de Dios va a estar tocando la sinfonía mientras el mundo se viene abajo? ¿Y el hijo de Dios va a estar hablando con una mujerzuela mientras la gente está hincada de rodillas suplicándole piedad? ¿A quién llama el que necesita, a quién reza, a quién acude?, si el hijo de Dios se ha tirado a la tierra a inventar historias de soldados y guerras y mujeres que mueren de amor. ¿Quién mira las manos que se juntan para pedir?

EL HOMBRE

Nadie.

LA MUJER

(Corriendo hasta él.) Dios, Dios, Dios el de verdad que es misericordioso y no abandona a sus criaturas. Dios el de verdad que no se disfraza de hombre mundano. Dios el de verdad que todo lo ve y juzga desde su cielo.

EL HOMBRE

(Sin pausa.) Dios no está en el cielo.

LA MUJER

(Segura.) ¿Y dónde está? *(Desafiante.)* ¿En el infierno?

EL HOMBRE

(Enigmático.) Tal vez.

LA MUJER

¡Dios está en el infierno!

EL HOMBRE

Es el único sitio donde podía esconderse.

LA MUJER

(Asombrada.) ¡Dios no se esconde!

EL HOMBRE

(Intenso.) Se esconde, se calla, tiene podrida la boca de silencios, se ha puesto viejo, delirante. Quiere morir como los hombres para confundirse con un poco de tierra. *(Acusador.)* ¡Qué puede hacer! Su propia gente se contradice, lo desmienten, lo escupen, lo persiguen.

LA MUJER

¡Eso era antes, cuando no había iglesias!

EL HOMBRE

(Por lo bajo.) Dios no tiene nada que ver con las iglesias. Ese fue un pretexto para derrotarlo. Le hicieron edificios, bancos, altares, lo elevaron a imagen adorada, lo desterraron a oraciones que se repiten de memoria, secas, frías, huecas. Lo hicieron temor viviente, guardia furioso, sombra que molesta, huella que acosa. Lo vistieron de antojos haciéndolo culpable de toda traición. Asustaron con su nombre a los incautos de manera que la santa bondad se hizo amenaza perpetua. *(Suspira.)* Él, Dios, se asustaba del mundo. El mismo no se reconocía en la memoria de los demás. El mismo llegó a confundirse entre la frontera del Dios y del hombre. Llegando a la propia derrota, abdicó. Se fue lejos, tanto que no oye a nadie. No quiere regresar. ¡Nunca!

*terminar
aquí*

LA MUJER

(Asustada.) Usted se ha vuelto loco. Hay cosas que no pueden hablarse. *(La mujer baja la voz y se recoge los brazos por el pecho con sincera devoción. Sin voz.)* Váyase. Dicen que su ira es muy grande y su castigo peor que su bondad. Dicen que es fuerte como un trueno. Que un día va a quemar la tierra con el fuego que sale de sus manos. ¡Me aterro! ¿Por qué ha dicho todo eso en mi cuarto? *(La mujer empieza a explicar no ya al hombre sino al Dios que está vigilando.)* Vivo tranquila, haciendo lo que me toca hacer. No todo el mundo puede ser bueno. Hay malos, hay regulares, hay buenos. Uno no escoge. Yo hubiera sido otra cosa, Dios lo sabe, pero me tocó ser ésta. ¡No le echo la culpa a nadie! Nadie es culpable. Estaría escrito... O... era mi destino... o... o... lo merecía.

EL HOMBRE

¿Dónde estaba escrito?

LA MUJER

(Turbada.) ¡Qué sé yo!

EL HOMBRE

¿Quién lo escribió?

LA MUJER

Yo no puedo saberlo. Soy humana. Esas son cosas divinas. *(Mirando hacia arriba con amor.)* Él lo sabrá. ¡Yo acepto la condena!

EL HOMBRE

¿Cuál condena?

LA MUJER

Esta... La de ser una...

EL HOMBRE

Pero has dicho antes que no lo pediste.

LA MUJER

Yo no lo pedí pero... tal vez... en otra vida... alguien... que... que...

EL HOMBRE

Acabarás acusándolo.

LA MUJER

(Llevándose la mano a la boca.) ¡Dios es inocente! ¡Dios es inocente!

EL HOMBRE

Temes a una palabra. Pero no le temes a tu propio corazón, tu peor enemigo. Por él es que uno puede escaparse, Maggie. La única salida es el propio corazón. Así nos hacemos infinitos, eternos.

LA MUJER

¡Sólo Dios es eterno!

EL HOMBRE

No. Dios está muriendo siempre. De eso quiero salvarlo.

LA MUJER

(En alarido.) ¿Pero quién es usted?

EL HOMBRE

Su hijo. Como eres tú su hija. Como es el mundo todo hijo de Dios.

LA MUJER

Usted es solamente hombre.

EL HOMBRE

Por eso puedo salvarlo. Yo que puedo ir de puerta en puerta, que puedo mendigar para él, que puedo humillarme

ante la codicia ajena, que *puedo calmar* dolor y desdicha porque soy igual a todos, que *puedo* aventurarme por caminos inciertos como ningún Dios puede hacerlo. Iniciaré su rescate proponiendo un plan de lucha. No es cuestión de hincarse, sino de ponerse de pie y caminar hasta encontrarle.

LA MUJER

(Delirando.) Usted hablará de un dios de minorías. Yo soy cristiana. Nuestro Dios todavía está allá arriba.

EL HOMBRE

Habla usted como si tuviera título de propiedad. Dios no pertenece a nadie porque nunca se ha vendido.

LA MUJER

¿Qué me importa a mí todo este asco?

EL HOMBRE

Mucho. Te llamas Magdalena.

LA MUJER

No. Me llamo Maggie.

EL HOMBRE

Es decir, Magdalena. Eso les bastará. Pensarán que es la misma historia.

LA MUJER

¿Qué historia?

EL HOMBRE

La de la Magdalena redimida. Empiezo a sentirme todopoderoso. Sólo falta tu voz subiendo por las calles como un látigo implacable... milagro... milagro.

LA MUJER

(Extrañada.) ¡Milagro!

EL HOMBRE

Esperas que se reúna bastante gente. Clavas los ojos en un solo punto. Y gritas que Dios se ha presentado en una nube para pedirte que sigas a su hijo.

LA MUJER

(En susurro.) Me estoy muriendo.

EL HOMBRE

(Sin oírla.) Lo dices una sola vez. Espera el rumor que va a subir como ola revuelta. Cuando veas que el misterio ha prendido por sus caras te regresas aquí. Yo te estaré esperando.

LA MUJER

(Sencilla.) A mí no me engaña con sus cartas sucias. No soy yo la que gritaré la mentira. La carne la tengo dañada. Vivo para venderme. No estaré nunca entre esos que llaman escogidos. Pero aún me queda una rendija en el alma por donde se cuele de vez en cuando la oscura luz. No voy a ir a la calle.

EL HOMBRE

No te pido un favor. (Suplicante.) Te pido el sacrificio de ese grito. Ni siquiera soy yo quien lo pide. Lo pide tu amor a Dios. Necesitan aturdirse con lo extraordinario. Si ahora mismo yo fuera a buscarlos me darían la espalda como han hecho con el viejo Dios. Pero hay aire de novedad en un milagro. Es casi señal de apocalipsis. Despertarán del letargo, contestarán al llamado cuando vean que es otra Magdalena la que llora y suplica.

LA MUJER

Todos saben lo mío. No puedo irles con ese cuento. Se reirán cuando me oigan. Se burlarán de mi condena.

EL HOMBRE

(Dulce.) ¿De qué condena hablas?

Vivo en pecado.

EL HOMBRE

Pues sálvate a través de tu sacrificio. Acepta la furia de ellos. Más allá de él, que importa.

LA MUJER

No puedo, no me da la cara.

EL HOMBRE

No te niegas a ti misma. Tú eres otra vez la elegida, puesta en el camino de los justos, señalada entre los siglos. Magdalena, otra vez pecadora, otra vez crucificada. (Hipnótico.) Tú dijiste que estaba escrito. Tenías razón. Desde una edad lejana. Desde los padres de tus padres. Caíste para levantarte. Descendiste por la maldad de ellos. No fuiste tú. Fueron ellos. Los mismos que ahora rescatarás para ejemplo de humildades. Tú eras buena en el principio.

LA MUJER

(Maquinalmente.) Era buena.

EL HOMBRE

Pero ellos te desgarraron. A ti. La buena Magdalena. La pura Magdalena. La santa Magdalena.

LA MUJER

(Tensa.) La santa. Magdalena.

EL HOMBRE

Ahora es la venganza tuya. (Rápido.) No con la cicatriz. Pero con el amor. Tu esperanza será traerlos al camino. Yo soy el camino. Salva Magdalena y sálvate. Quede el sacrificio de tu grito. Piensa en tus amigas que se fueron al cine. Trans-

formarás su pecado en bendición. Piensa en los hombres que quieren comprarte. Convertirás su deseo en sosiego. Piensa, por una vez, en ti. Aliviarás la terrible condena.

LA MUJER

(Lentísima.) ¿Y Dios?

EL HOMBRE

Volverá triunfante al paraíso para premiar aquellos que todavía sienten la miel de su nombre.

LA MUJER

(Lentísima.) ¿Y Dios?

EL HOMBRE

Estará contigo, amante, ahora y siempre.

LA MUJER

Conmigo. Ahora y siempre. *(La mujer hace una pausa larga. Luego empieza a salir muy despacio. Abre la puerta y vuelve el rostro.)* Dios conmigo, ahora y siempre.

Entonces sale majestuosa mientras el hombre monologa con pasión en encendido crescendo.

EL HOMBRE

El hijo de Dios ha vuelto. El hijo del Dios Infinito ha vuelto. El hijo del Dios del hombre mortal ha vuelto. El hijo del Dios de la pasión ha vuelto. El hijo del Dios de la garganta hambrienta ha vuelto.

Ha subido los brazos, tenso, grave. Sobre su imponente discurso baja tranquilo el telón.

SEGUNDO ACTO

Primer día. Día del nacimiento del milagro.

Un soplo de penumbra se mueve por el cuarto cubriendo de melancolía las paredes, los muebles, los seres. Las cuatro de la tarde han caído.

Afuera llueve.

El hombre recuesta su cuerpo de la ventana cerrada.

Luego de una pausa ciertamente larga aparece la mujer. Su aspecto ha cambiado considerablemente, parece salida de una batalla: el traje roto, la piel magullada. Una rústica corona de flores silvestres es adorno en su despeinada cabeza. El agua la ha empapado haciendo su presencia patética.

Desde la puerta la mujer dice su primer bocadillo.

LA MUJER

¡Lo han creído! *(Camina hasta el centro del cuarto. El paso es otro ahora, cansado, vacilante.)* ¡Lo han creído! ¿Y mañana?

EL HOMBRE

Mañana el mundo se llamará nosotros. Sécate. *(La mujer cruza hasta el cuarto.)* El aguacero ayudó. Una vez fue en agua el castigo. Otra vez será en fuego. Pensarían que el aguacero era un signo.

La mujer aparece de nuevo en la puerta del cuarto. Se ha cambiado la blusa.

LA MUJER

He visto sus caras, he visto sus manos. He visto sus voces trepándome el cuerpo. *(De aquí en adelante la mujer no na-*

rra sino que vive otra vez la escena en la calle. Sus manos se multiplican y el cuarto se llena de voces como en un estupendo bululu.) Bastó una voz... una sola y el murmullo se hizo pólvora loca. Las manos se alzaron... milagro... milagro... La mujer del siete, milagro, milagro. La palabra no calló jamás. Gritaban desesperados. Una mujer chilló: Santa. *(La Mujer se aprieta las sienas.)* La cabeza se me hinchó de aire. *(Amarga.)* Santa. Me pareció verme en la cama, los pechos al aire, las piernas estiradas, el ombligo a la intemperie. La palabra milagro empezó a borrarse y la palabra santa alumbró como si fuese un neón inmenso. *(La Mujer mueve rítmicamente la cabeza.)* Santa... santa... santa... hasta que todas las gargantas cayeron bajo el ritmo de una sola. Una vieja me llenó los dedos de saliva, cinco dedos me halaron un pedazo de falda. La rodilla apareció en la tarde. Una mujer vino corriendo y me puso está porquería en la cabeza. Todos cayeron de rodillas. El Padre Nuestro subió alto. Yo quedé en el centro, las manos abiertas, los brazos extendidos... las piernas cruzadas. Como un Cristo que se hiciera hembra. Yo era Cristo. Estaba llena de gracia. *(De pronto.)* Las mujeres salieron a la calle con toallas en la cabeza. Chela me miraba y se apretaba la barriga como si quisiera partirse la cintura. Chela se ha sacado cuatro muchachos y me miraba asustada. Ha debido pensar: es de las nuestras. Dios no nos ha olvidado. El hombre que vende el pan me miraba como sin creerlo y la enfermera que me hizo el asunto, bajaba la cabeza con temor pero diciendo para sí: yo la ayudé, Dios no me ha olvidado. Yo era la santa, ellos el pueblo elegido. Entonces cayó el agua. Pero no se movían. El agua apretaba. Pero no se movían. Como clavados a la tierra prometida.

La mujer se desploma en la butaca.

EL HOMBRE

(Cerrando la puerta.) ¿No te han seguido?

LA MUJER

No. Les pedí paz y se escurrieron. Algunos caminaron hacia atrás para no darme la espalda.

EL HOMBRE

(Satisfecho.) Como yo esperaba.

LA MUJER

Queda mañana.

EL HOMBRE

Mañana será distinto.

LA MUJER

¿Qué quiere decir?

EL HOMBRE

A la hora señalada querrán la prueba de los sentidos.

LA MUJER

Pero no habrá nada que enseñarles. ¿Qué verán?

EL HOMBRE

Te verán a ti en medio de ellos. Pero mañana tú no serás la atracción. Ya te conocen. Querrán otra cosa. Suplicarán un engaño con tal de que sea nuevo. Es su condición. Hoy te aman. Mañana te odian porque hace un día que te conocen. Mañana te pedirán cuentas.

LA MUJER

Usted dijo que anunciara al Hijo de Dios.

EL HOMBRE

No fallaré. Tardaré mucho en aparecer. Eso los inquietará. ¡Nada tan fértil como la duda! Cuando caiga la tarde y yo no aparezca sentirán terror. Y serás la loca Maggie que a lo mejor en una borrachera inventó todo aquello. La santa se transformará otra vez en mujerzuela. Porque alguien gritará: es una embustera. Esa será la alarma. Se volverán contra ti. Chela se quitará la mano de la barriga y no tendrá miedo de

sacarse otro muchacho. El hombre que te vende el pan se sentirá engañado y todos pensarán que te reíste de ellos y de su Dios. Y si fuera de ellos solamente acabarían por perdonarte. *(El Hombre deja caer las palabras una a una sentenciando como viejo jerarca.)* Pero Dios es una cosa muy seria, un pasaporte que algunos cargan en la cartera. Volverán su furia contra ti. Cuando te empiecen a apedrear yo apareceré.

LA MUJER

(Por lo bajo.) ¡Me tirarán piedras!

EL HOMBRE

Apareceré un minuto después. Gritaré fuerte para que tengan que volverse. El que esté limpio de pecados que arroje la primera piedra. Será el momento de tu visión. Es él... él... el Hijo de Dios. Tu dedo índice me señalará. Cuando llegue a ti caes de rodillas. Te levantaré del suelo mientras digo: Esta mujer se llama Magdalena. Es tu bautismo. Magdalena la pecadora, redimida otra vez.

LA MUJER

(Con sincera angustia.) ¿Cuándo volveré a mi vida de siempre?

EL HOMBRE

Olvida todo eso, has nacido esta tarde.

LA MUJER

(En protesta.) Pero no es verdad.

EL HOMBRE

(Seguro.) He fabricado esa verdad. Tienes que aprender muchas cosas. La verdad es casi siempre mentira pero está tan bien construida que incluso los que lo saben llegan a creer la mentira de que es verdad.

LA MUJER

Puede hablar así de los otros. No de mí. Hemos inventado el milagro. No se me olvida nunca. Lo tengo escrito con terror en la cabeza. No hay peligro de que llegue a creer que es verdad.

EL HOMBRE

(Sonreído.) Aunque en el fondo quisieras que así fuera. Te gustaría ser una santa, te gustaría tener visiones, te gustaría. Dime qué sentiste cuando te aclamaban.

LA MUJER

(Hechizada.) Sentí que era buena... que todo lo anterior era... era... *(De pronto desata un impulso.)* Déjeme aquí. No quiero seguir este enredo. Me asusta. Quiero ser Maggie que va y viene sin llamar la atención. La Maggie que todos buscan. La Maggie que se asusta de la oscuridad, que tiene miedo de dormir sola. ¡Maggie! Mujeruca de poca fama, Maggie, la que vive acá abajo en el siete. Maggie, la que todos pueden tener porque es dulce y es buena y amorosa.

EL HOMBRE

Unas horas más y todo se habrá consumado.

LA MUJER

(Con el dejo triste.) ¿Cuándo volverá Dios a su reino?

EL HOMBRE

Deja que el agua se asiente.

LA MUJER

No puedo esperar. Quiero que se salve ahora.

EL HOMBRE

A qué viene esa prisa. Hemos ganado.

LA MUJER

Ha ganado usted. (*Se quita la corona con un gesto fuerte.*) Yo pierdo siempre... siempre. Pierdo desde antes de jugar. Vengo perdiendo mucho antes de haber nacido. ¡Pura mala suerte!

EL HOMBRE

(*Incrédulo.*) ¿De qué te quejas? La vida te sonríe. Alégrate. Ha terminado el padecimiento. Te espera una carrera gloriosa. Misionera... salvadora de almas... socio fundador de Dios S. A. ¿Puedes pedir algo más?

LA MUJER

(*Sin hacer caso.*) Estoy cansada. (*La Mujer camina por el cuarto y lo contempla como si fuese la primera vez que lo mira. El Hombre la sigue con la vista. De pronto se detiene y habla aturdida.*) ¿Qué es eso de Dios S. A.?

EL HOMBRE

La nueva causa. La nueva religión. Dios, Sociedad Anónima. El milagro hizo el anuncio perfecto. ¿Quién desconfiará del Hijo de Dios o de la redimida Magdalena? (*El Hombre olvida a la Mujer y habla directamente a la cuarta pared.*) Un movimiento de fe distinto. Ni convenciones en los parques, ni procesiones, ni cultos colectivos. Un Dios íntimo. Un Dios más discreto, menos tirano, más flexible.

LA MUJER

Primero hay que explicarles que Dios se ha escondido de los hombres, que ha tenido que callarse porque nadie lo oye.

EL HOMBRE

Eso no debe saberse.

LA MUJER

¿Cómo vamos a rescatarlo si ellos no saben que andan en su búsqueda? ¿En nombre de quién hablamos?

EL HOMBRE

Hablamos en el nombre del hombre.

LA MUJER

¿Desde cuándo?

EL HOMBRE

Desde siempre.

LA MUJER

(*Corrigiendo.*) Yo mentí para salvar a Dios. Usted me convenció porque se trataba de Él. Lo digo muchas veces hasta enfermarme: Dios se oculta porque nadie lo busca. Hay que devolverlo otra vez al reino de los cielos para que desde allí juzgue a los vivos y a los muertos. No hubiera gritado milagro si Él no estuviese de por medio. Es a Dios a quien quiero salvar.

EL HOMBRE

De pronto te has vuelto soberbia.

LA MUJER

Es lo único que importa. Para qué servimos usted y yo. ¡Para regresar cualquier día al polvo! ¡Para destrozar una pobre vida que tenemos prestada! Dios queda siempre como un reloj perfecto. Sólo en su nombre se redime.

EL HOMBRE

(*Fuerte.*) ¿Quién eres tú para hablar lo que no sabes? (*Cambiando el tono por uno manso.*) En un siglo como el nuestro hay que cambiar la táctica de ganar almas. No hay que soñar con un pueblo hermanado que corre a buscar al Salvador. Nuestra época prefiere otros poderes. ¡Ahora es Dios el que tiene que hacer la carrera!

LA MUJER

Dios es mucha cosa para suplicar a nadie que le siga. Frente a su poderío, qué nos queda.

EL HOMBRE

Pues tendrá que conformarse con el engaño de los domingos, las tandas corridas de fe en las que se entra a mitad de un sermón y se sale en mitad del próximo. Tendrá que recluirse en la oración oscura que se masculla mientras se piensa en la Coca Cola bien fría.

LA MUJER

(Iluminada.) O mudarse al pecho de los que lo quieren en silencio.

EL HOMBRE

(Triunfante.) Que son los menos.

LA MUJER

(Sin entender ella misma lo que dice.) Pero que son los más.

EL HOMBRE

(Cambiando.) Eso lo sabemos los fervientes. Usted... yo... unos cuantos. Pero queda perdido todo el redil. A ese hay que convencer... sacudir... asustar. Crear el pánico de que se acerca el día grande. Hablar de los muertos que han de regresar de sus tumbas. Ponerles el fuego como destructor terrible. Quemarles la piel con la palabra. Cerrarles todas las salidas y enfrentarlos, no a Dios, sino a ellos mismos. Cara a cara al odio. Frente a frente a la traición. De tú a tú con la miseria. Del brazo del venidero horror. Puede ser el advenimiento de la nueva fe. Una fe que corresponda con la tortura de nuestro siglo. Una fe que madure sobre las deudas y los préstamos y las propiedades a largo plazo. Una fe cuya raíz sea la raíz del átomo, la raíz del anunciado fin, la raíz de todo el espanto que mutila los pobrecitos sueños del hombre. Habrá que ir de casa en casa. ¡Sorprenderlos en su propia madriguera! Proveerles una nueva comodidad: el pan espiritual entregado a domicilio. *(Las próximas líneas se van al aire en un único tono.)* Llega uno, saluda, reza un poco, invoca el Santo Nombre, habla de todo para no confundir, se ríe, explica, pregun-

ta, contesta, vuelve a reír. Ya tranquilos los nervios les habla de la muerte, de la certeza de un juicio último, de la resurrección de la carne. El silencio se hará rotundo. Entonces uno pregunta: ¿está usted preparado? Antes de que contesten algo, se añade: Por un poco de dinero, hay alguien que reza por usted, alguien que se encarga de su abismo espiritual, alguien que lo tiene al día con Dios, un emisario suyo, confirmado como su representante en la tierra, a través del milagro de la nueva Magdalena. Su propio Hijo entregado en ofrenda de vida, pasión y muerte.

El hombre respira hondo. La mujer mueve la cabeza como si no escuchara. Se mira las manos, se toca el traje, se pasa un brazo por los cabellos. La guerra se libra en su fondo.

LA MUJER

(De pronto.) Voy a salir.

EL HOMBRE

No quiero que te prodigues. ¿A dónde vas?

LA MUJER

(Después de una pausa.) A contar la verdad.

EL HOMBRE

¿Cuál?

LA MUJER

¡La única!

EL HOMBRE

(En desafío.) Bien. Vete y dilo en la calle. Cuenta desde el principio. Di que todo fue broma. Que de pronto quisiste jugar y se te ocurrió eso. Que estabas muy triste y pensaste que lo mejor era alegrarse a costa de ellos. Debes ir. Tienes razón. Díselo. Para que sientas los huesos separársete del pellejo. Díselo. Para que linchen tu cuerpo raquíptico con un odio que ha vivido siempre en ellos. Díselo. *(El Hombre em-*

puja a la Mujer contra el piso. Es como si la misma ira adscrita a Dios se hubiese desbordado. No hay control en sus acciones, ni medida.) Quiero que vayas. *(Levantándola pero reteniéndola por el brazo.)* Sé tú misma la que rompas el misterio. Tú misma la que destruyas con ese afán, la que me empujes otra vez a la niebla de donde recién he venido. Sé tú misma mi verdugo, tú la que dejes caer el hacha sin asustarte. *(Ronco como un grifo ancho.)* Quítame el poco de felicidad a que tengo derecho por ser Hijo de Dios.

LA MUJER

Suélteme. No siga.

EL HOMBRE

Por ser tu hermano, hijos los dos de Él, del Padre Nuestro que ahora nos mira.

LA MUJER

Suélteme. Quiero respirar bien.

EL HOMBRE

Quítame de en medio con sólo negar todo esto. Huye por las calles con mi muerte en tu boca. Diles que vengan a llevarme. *(Lamentándose.)* Mira cómo tú también sabías vender. ¡Qué lejos se ha extendido la raza de Judas! Pero Judas era avaro. Y habían treinta monedas para pagarle. Tú ni eso. Tú me acusarías para vengarte de Dios

LA MUJER

No siga, no...

EL HOMBRE

Para vengarte de su silencio.

LA MUJER

¡No siga matándome!

El hombre suelta a la mujer y da unos pasos hacia atrás. Al hablar señala hacia la puerta.

EL HOMBRE

(Tranquilo.) Vete a la calle. Acúsame. Acúsanos. Esperaré aquí tranquilo que vengan a llevarme. ¡A llevarnos! Tú y yo podridos en la sombra. Dicen que la cárcel es oscura. Que no llega chispa de sol. Que uno se pone pálido, pálido. Que los ojos se brotan hambrientos de luz. Vete. No soy yo el que me asustaré primero. ¡Vete! *(La Mujer no se mueve. El Hombre sostiene el gesto un momento. Luego lo termina y camina hacia la habitación a la izquierda. La Mujer al verlo ir comienza a agrandarse. Y a punto de reventar, llena como está de tan mal aire, escupe fuerte.)* No me hieres. Puedes insultar cuanto quieras. Puedes escupirme. Tendré paciencia. Hay un momento en la vida de todos en que se agota cualquier resistencia. Generalmente llega cuando se descubre que vivir no vale la pena. Esperaré ese momento.

El hombre y la mujer se mueven ahora extrañamente tranquilos, demasiado calmados para no ser apariencia externa.

LA MUJER

¿Qué pasará después?

EL HOMBRE

¿Cuándo es para ti después?

LA MUJER

Un mes. Un año.

EL HOMBRE

Será la estación del trigo y habrá que recogerlo.

LA MUJER

(Con desprecio.) Yo no entiendo parábolas.

EL HOMBRE

(Natural.) Tendremos que aceptar el dinero. A ver si se puede ser feliz.

LA MUJER

(Complacida.) Nada sucederá. Nadie creerá.

EL HOMBRE

(Segurísimo.) Creerán. Necesitan olvidarse de ellos mismos.

LA MUJER

Siempre que no tengan que pagar. Prefieren el dinero.

EL HOMBRE

Yo también. Pero ellos temen. Por eso puedo entender lo que va a suceder. Ha de ser sorprendente. Ha de ser agotador. Empezaremos en seguida a prepararnos. Quiero enseñarte algunas sentencias. Quiero también que aprendas a usar dos palabras mágicas: infierno y gloria.

LA MUJER

Habla usted de mi vida como si fuera la suya.

EL HOMBRE

Estoy por creer que es una sola. Una sola cabeza. La mía. Una sola voz. La mía. Un solo pecado. El tuyo: Te llamas Magdalena.

LA MUJER

(Con el orgullo de siempre.) No. Me llamo Maggie, la del siete.

EL HOMBRE

Ese nombre se ha olvidado.

LA MUJER

(Para ella misma.) Como quisiera yo olvidarlo todo... ¡Olvidar!

EL HOMBRE

No. Esperar. Olvidar es diluir la vida. Olvidar es borrar de la memoria lo que ha sido. Hay que sembrar para que el olvido florezca.

LA MUJER

(Interesada.) ¿Sembrar?

EL HOMBRE

Sembrar sobre el olvido. Y olvidar.

LA MUJER

¿Qué hago con esta tarde y esta noche y este madero que tanto pesa?

EL HOMBRE

No hagas nada. Esperar es quedarse quieto mientras el tiempo pasa.

LA MUJER

(Preguntando.) ¿Entonces *(Reseca.)* tranquila?

EL HOMBRE

Tranquila y de rodillas para contestar mi invocación. No me oigas si te molesta. Pero contesta a mi pregunta con un sentido «tú, hijo de Dios». *(La Mujer camina hasta la butaca. Mira al Hombre largamente. Después se deja ir suavemente hasta el piso. Ya arrodillada, esconde la cabeza entre los brazos y se recuesta de la butaca. El Hombre camina hacia el frente. Se detiene en el mismo centro del cuarto. La voz le sube lejana en las primeras palabras, inmediata y sonora en las últimas.)* ¿Quién estuvo con Cristo en el huerto del Calvario?

LA MUJER

Tú, hijo de Dios.

La voz de la mujer es una misma en toda la escena, seca, monótona, hueca, incolora.

EL HOMBRE

¿Quién alumbró la ruta que el Cristo padeciera?

LA MUJER

Tú, hijo de Dios.

EL HOMBRE

¿Quién se posó hecho paloma en el hombro amado?

LA MUJER

Tú, hijo de Dios.

EL HOMBRE

Y fue arrastrado por infinidad de tierras que padecieron las turbas que lo ataban.

LA MUJER

Tú, hijo de Dios.

EL HOMBRE

Que fue humillado por risa destemplada que era escarnio de su paso.

LA MUJER

Tú, hijo de Dios.

EL HOMBRE

Burlado entre calles de amargura, herido, roto, destrozado.

LA MUJER

Tú, hijo de Dios.

EL HOMBRE

Azotado por insulto maduro de bocas retorcidas.

LA MUJER

Tú, hijo de Dios.

EL HOMBRE

Escogido por el Padre Eterno en la hora de la ascensión.

LA MUJER

Tú, hijo de Dios.

EL HOMBRE

Hecho en humo y ceniza el cuerpo todo.

LA MUJER

Tú, hijo de Dios.

EL HOMBRE

Humo y ceniza, escalera de los siglos, dolor que nace en la entraña.

LA MUJER

Tú, hijo de Dios.

EL HOMBRE

Esperanza nacida en la armonía por los siglos que parieron siglos.

LA MUJER

Tú, hijo de Dios.

El hombre levanta los brazos y los tiende al espacio mientras jubiloso habla.

EL HOMBRE

Acérquense a mí los Lázaros, los que abren sus oídos al repique de un levántate y anda, los que no han visto resplando-

res de estrella. Levantarse y venir de rodillas, levantarse en el nombre del Padre que está allá en los cielos. ¡Levantarse que el hijo los llama! (*La Mujer se levanta y camina lentamente hasta quedar a espaldas del Hombre. Éste se vuelve y le toma una mano mientras señala la cuarta pared.*) Magdalena, míralos venir... míralos.

La mujer busca con la mirada mientras baja lento el telón.

TERCER ACTO

Cualquier día. Día de la condena final.

El cuarto ha cambiado lo suficiente como para parecer otro.

Los muebles conocidos han desaparecido dando paso a una avalancha de sillas de las llamadas de tijera. Donde estaba la tablilla con el aguamanil se ha puesto ahora una percha antigua.

La luz es también otra, siendo ahora nebulosa, poco diáfana.

El Hombre, cuya indumentaria anterior ha cedido paso a un severo y pesado traje negro, está sentado en actitud meditativa.

La mujer llega de la calle, chorreando el pelo por los hombros, sin gracia alguna.

Viste sencillo traje blanco que combina con unos zapatos amarrados, y una sombrilla negra.

EL HOMBRE

¿Qué les dijiste?

LA MUJER

Lo de siempre. (*Imitándose a sí misma sin fuerza.*) «Porque el final es sólo misterio. Podría alguien, aparte del hermano de Marta y María, declarar sobre lo que llaman eternidad. No hermanos. La eternidad es el plasma de la vida. Vivir es eternizar.» Luego la oración y la ofrenda.

EL HOMBRE

¿No añadiste nada?

LA MUJER

Sí. (*Con intención.*) Dije que lo que hacía falta era perdón.

EL HOMBRE

(Cambiando.) ¿Te preguntaron algo los viejos?

LA MUJER

Me preguntaron qué se sentía cuando se era santo. Yo les dije que una gran soledad. ¿De quién fue la idea de visitar cárceles y asilos?

EL HOMBRE

(Con orgullo.) Mía, desde luego. ¿Buena la colecta?

La Mujer saca un diminuto lío del bolsillo del traje y lo pone en la mano del Hombre.

LA MUJER

Una centavería. Pero algunos me besaron las manos y otros me pidieron un abrazo. (Sentándose.) Un éxito rotundo.

EL HOMBRE

Como yo no lo esperaba. Hay gente dispuesta a pagar cinco años por adelantado con tal de que Dios, Sociedad Anónima, se encargue de su alma. La demanda es tanta que estoy considerando una oferta especial con tres planes. Plan A: Tres oraciones al día, veinticinco dólares. Plan B: Dos oraciones al día, veinte dólares. Plan C: Una oración al día, quince dólares. A cada nuevo miembro se le obsequia con una hermosa fotografía de Magdalena la redimida. No sabía que hubiese tantos creyentes, tanta gente que quiere progresar. Bello ejemplo el de los logros de nuestra civilización. Cada día me reprocho el no haber comenzado antes. ¿Qué hacía yo todo ese tiempo? (Acordándose.) Miraba la gente. Era mi debilidad.

LA MUJER

Les buscaba el significado.

EL HOMBRE

Hasta el día en que la luz se hizo en mí. Vi más allá del momento y la contestación a mi pregunta no se hizo esperar:

Dios no estaba porque se había escondido. Me juré a mí mismo encontrarlo.

LA MUJER

Pero prefirió robar la fe de los otros y hacerse falso profeta.

EL HOMBRE

(Herido.) No me has entendido nunca aunque has comido de mi mano. Pierdes la vida en renegar y amenazarme. Pero no te percatas de lo extraordinario. ¿Crees que no estoy iluminado por la criatura perfecta?

LA MUJER

No me extrañaría. Dios perdona a sus enemigos.

EL HOMBRE

Yo no fui su enemigo. Yo fui su único heredero. Oye Magdalena.

LA MUJER

Me llamo Maggie. Maggie la del siete.

EL HOMBRE

Después de aquel día tuve miedo. Pensé que Él podía castigarme, que podía volver el universo contra mí. Pero los días pasaban y mi corazón se hacía más piadoso. La esperanza, la fe, la caridad me asediaban. Finalmente descubrí algo... no lo pensé de momento sino que me nació por la conciencia poco a poco... ¡Fue Dios quien me mandó! Quiso que yo me encargara de su palabra regándola como semilla por todo el terreno. Puesto por Él mismo en el verbo divino para repetir una historia que ya era antigua y lejana.

LA MUJER

Hay veces que la mentira se hace tan pesada que llega a engañarnos.

EL HOMBRE

No me asustas. Ya nada me hace daño. Soy y seré la luz. Soy y seré la verdad. Soy y seré su hijo... (Grandioso.) Soy y seré Dios.

LA MUJER

¡Por un milagro fabricado!

EL HOMBRE

Blasfema cuanto quieras. El castigo te será peor.

LA MUJER

El suyo por jugar con la bondad de los demás. Ha sido mucho el engaño.

EL HOMBRE

¡Malagradecida! He querido honrarte, sacarte del pecado carnal. Pero te es poco ser mujer decente y limpia. Te llama siempre lo otro. Has arrendado el mal como has arrendado el cieno. No has querido liberar el cuerpo.

LA MUJER

Era feliz con mi vida hasta que usted trajo la basura.

EL HOMBRE

Esa basura se llama amor. El amor que quieren, el amor que mendigan, el amor que pagan. El amor que yo puedo dar. Tú estás viciada. Ves que soy yo el elegido y se te riega la retama. Es peligrosa esa envidia. Pero te perdono. Perdono también tu pensamiento. He aprendido a quererte con piedad. La mayor bondad del hombre es el perdón. Yo cultivo esa bondad. Así quiero ir por los siglos. Limpio. La mancha eres tú. (Recogiendo unos papeles.) Voy a salir. Si viene alguien lo atiendes con fervor. No olvides que eres Magdalena.

LA MUJER

Me llamo Maggie, Maggie la del siete.

EL HOMBRE

Quieras o no, eres la recién nacida Magdalena. Antes, en un momento que ahora no recuerdo, pudiste llamarte Maggie. Pudiste ser la fácil muchacha que cualquiera posee con sólo sonar varias monedas. Pero el tiempo acaba por ser fiel con sus víctimas. El tiempo te ha redimido para que vivas la eternidad. Vamos a felicitarnos.

El hombre sale. La mujer se sienta en una silla cerca de la cuarta pared. Como siempre examina fríamente su cuerpo. Al llegar a las manos las levanta y se mira las uñas. Sonríe tristemente.

La señora Presidente aparece en la ventana. Es una cuarentona elegantísima vestida en modelo gris de dos piezas que combina con amplia pámela negra, zapatos negros de taco, y ricos guantes de cabritilla.

LA SEÑORA

(Desde la ventana.) Tú eres Magdalena, ¿verdad?

LA MUJER

No.

LA SEÑORA

(Desilusionada.) ¿No?

LA MUJER

Debo decir, sí... Se... me olvidó de pronto.

LA SEÑORA

(Entrando.) No podía fallar. Al verte de espaldas supe que eras tú. Tienes unos hombros inconfundibles... hombros de santa. He visto una estatua... en dónde... en dónde... fue en la vieja Europa... en dónde... París... Roma... de una santa bellísima. Era una santa de espaldas. Quiero decir que el frente era la espalda. O sea, que el artista trabajó con mayor entusiasmo la espalda porque quería demostrar las contracciones de dolor en esa parte del cuerpo. Al entrar tuve la idea

de que tú eras la estatua. Eso se llama perspectiva. Posición. Angulo. Yo soy muy técnica. Puede que no sepa demasiado de arte. Pero a hablar de arte no hay quien me gane. *(De pronto se asombra.)* Aún no he dicho buenas tardes.

LA MUJER *perito a ella*

(Alelada.) Buenas tardes.

LA SEÑORA

No querida, aún no lo he dicho. Es ahora que lo voy a decir. Buenas tardes.

LA MUJER *le extendió mano*

Buenas otra vez.

LA SEÑORA

¿Se puede fumar? *mira alrededor*

LA MUJER

Se puede, sí. *le busca cigarrillos*

LA SEÑORA

Yo sin el fuego estoy perdida. *busca cigarrillos y prendidos*

LA MUJER

(Tratando de hacer humor.) Querrá ir al infierno. *le quita un cigarrillo*

LA SEÑORA

Qué graciosa. Mi marido me dice: Eres una chimenea mujer. Un carácter. *(Echando una bocanada.)* Mi marido. Pero vamos al asunto que me trajo al sagrado recinto. ¿Sabes que yo fui la elegida?

LA MUJER *mira alrededor y luego a ella se sienta*

¿Usted también! ¿Para qué?

LA SEÑORA

Para venir a verte. Corrijo. A pedirte. Hicimos secreta la votación. Y yo gané. Mi posición en el club es relevante.

LA MUJER

(Sin interés genuino.) Club de qué. *club*

LA SEÑORA *seca punto se seca*

Club de damas. Nos reunimos tres veces por semana. Hacemos actividades. Bingos de caridad. Bazares de caridad. Bailes de caridad. *(Convencida.)* Somos tan caritativas. Pero no quiero hablármelo yo todo. Dime tú. Cuenta. Estoy fascinada... cómo fue lo del milagro... ¿cómo reaccionaste?... ¿cuál fue el primer impulso?... ¿qué traje tenías puesto? *hoy*

LA MUJER

(Extrañada.) No... me acuerdo. *se toca el traje*

LA SEÑORA

(Asombrada.) No te acuerdas. Un momento único en tu vida y no te acuerdas cómo ibas vestida. La apariencia determina un setenta y cinco por ciento en la mayoría de los casos. A lo mejor llevabas un traje de noche y era de tarde o a lo mejor llevabas un traje de tarde y era de noche.

LA MUJER

A lo mejor...

LA SEÑORA *busca*

Pues yo no soy así. Tengo los recuerdos al día. Los bailes, las coronaciones, las meriendas, las bodas, las despedidas de soltera. Y para cada ocasión, un trapo. Es la única manera de verse una decente. Ves, este traje. Es una batita de dos piezas. Me costó cincuenta dólares. Lo compré para la ocasión. Si te venía a ver a ti no me iba a presentar con un colorín. Tratándose de religión los colores serios. Ahora lo cuelgo en un

de pie modelo apaga cigarrillo

gancho hasta que se muera alguien. Es un traje muy fúnebre. En fin. La ropa a un lado y el motivo que me trae a otro. (De pronto.) ¡Magdalena, amada Magdalena!

LA MUJER

¿Qué desea?

LA SEÑORA

Solamente beber de tu gracia. (Excusándose con el gesto.) Debo sonar altisonante, excéntrica... Hasta ridícula. Pero tú me perdonarás. Te necesito.

LA MUJER

¿A mí?

LA SEÑORA

A ti. Poderosa Magdalena. Tú que vienes del mundo de los pastores y los ríos y las ovejas. Tú que has andado de las manos de las ninfas y los santos y todos esos seres idílicos. ¡Tú que le has conocido!

LA MUJER

¿A quién?

LA SEÑORA

A Él

LA MUJER

¿Él?

LA SEÑORA

La humildad es una hermosa virtud. He venido a pedirte algo.

LA MUJER

Diga.

LA SEÑORA

Pedir no es la palabra. Suplicar.

LA MUJER

(Entendiendo.) Suplique.

LA SEÑORA

Queremos tu nombre.

LA MUJER

(Tímida.) No la entiendo.

LA SEÑORA

Oye. Hace algún tiempo... nuestro club decidió iniciar una labor que yo llamaría lavatorio de almas si no fuera porque la palabra lavatorio me suena... (La palabra inodoro completa la oración pero no se oye. Sólo vemos el movimiento de los labios.) Perdona la vulgaridad. Pero me siento como en casa. Yo soy así... muy dispuesta. Por dónde iba... Ah sí. En esas sesiones, ¡inolvidables! nos reunimos un grupo de matrimonios a oír la palabra alentadora y sabia de... un religioso que es un encanto... Leemos pasajes bíblicos... los comentamos y entre versículo y versículo... apuramos una copita de vino... algún licor en las rocas... cualquier tontería para refrescar la garganta... Después de digerir la lección... digerimos una comida exquisita... ¡Se come de una manera! Y el marido encantado.

LA MUJER

¿El marido?

LA SEÑORA

¡Claro, pequeña Magdalena! ¡El marido! Que todo este lío de comida y vino y un Santo Varón que habla, persigue el fin de retener el marido en la casa. Porque hay que ver el miedo que le tienen los hombres a Dios. ¡Gracias a Dios! Cuando la sesión fue en mi casa me pasé en el horno todo el tiempo. Acá entre nosotras, la comida de los Fernández había sido exquisita y yo no podía permitir que la mía no fuera igual. Pero la comida y la sesión van en caballo aparte. Lo

que quiero es hacerte el camino. En el último de nuestros lavatorios acordamos en primer lugar repetir nuestro baile anual de caridad. *(Con orgullo.)* ¡Cien dólares el cubierto! Casi todo se va en pagar el hotel pero algo queda para los huérfanos.

LA MUJER

(Sin mirarla.) ¿No podrían hacer la caridad sin el baile?

LA SEÑORA

El baile es el incentivo. Nadie está dispuesto a dar cien dólares para un asilo de niños huérfanos. Pero cualquiera está dispuesto a dar cien dólares con tal de lucir un traje y aparecer en la crónica social. Somos humanos, Magdalena... La vida es de una sola manera. *(Fatigada.)* No acabo. En fin... que nosotros como has visto llevamos una vida... mística casi... pendiente al prójimo a todas horas... ¡Para ayudarle!

LA MUJER

Aún no veo qué hace mi nombre entre ustedes.

LA SEÑORA

Lo del milagro ha volado.

LA MUJER

Como pólvora loca.

LA SEÑORA

Pues... por eso... porque ya tú eres una santa Institución, queremos que nos prestes tu santo nombre. Queremos ser tus siervas. Queremos que nuestro club se llame *Las siervas de Magdalena.*

LA MUJER

(Asombrada.) ¡Señora!

LA SEÑORA

(Archihumilde.) *Las siervas de Magdalena.* Como lo oyes... No es un capricho... Es una esperanza. Consagrar nuestras horas de ocio a remediar el mal. Haríamos cuatro bailes de caridad al año, un bingo de caridad cada viernes, un coctel de caridad cada mes. Un servicio religioso cada año en el sitio del milagro. Toda la calle adornada con flores. Gladiolas... orquídeas... rosas... *(Corrigiendo.)* Rosas... no... Gladiolas y orquídeas. Y tú la más pura sentada entre nosotros.

LA MUJER

¡Las siervas de Magdalena!

LA SEÑORA

(Suplicando.) ¿Aceptas?

LA MUJER

Es...

LA SEÑORA

Aún no me has dicho nada.

LA MUJER

Yo... quisiera explicarle que... *(Sin saber qué hacer.)* Está bien.

LA SEÑORA

(En el colmo de la dicha.) ¡Gracias, pequeña, gracias! *(Imaginando.)* El club de damas Las siervas de Magdalena le invita... no... tiene el honor de invitarle... al coctel de inauguración de su año de la Caridad en el Salón de Oro del Hotel más cual... Nos reservamos el derecho de admisión.

LA MUJER

(Pensando.) Ustedes quieren ayudar.

LA SEÑORA

Exactamente. ¿No es ese el motivo de vivir?

LA MUJER

Pues venga por aquí a menudo. Hay gentes que no comen ni aire.

LA SEÑORA

¡Qué horror! ¿Qué hace el gobierno?

LA MUJER

Nada.

LA SEÑORA

¿Qué hace el periódico?... Si nos hicieran un buen reportaje el club podría hacer algo.

LA MUJER

(*Molesta.*) ¿Tienen que hacerlo noticia?

LA SEÑORA

Queridita... La limosna es deducible en el impuesto.

LA MUJER

Veo.

LA SEÑORA

Me da una pena horrible... Verdad que parte el corazón... Voy a plantearlo en el club. Pero hay que esperar tres semanas. Este jueves es el desfile de sombreros y el otro la conferencia sobre el desarme mundial, y el otro el foro sobre subversión.

LA MUJER

¿Hay que esperar tanto? ¿No puede usted ayudar hoy... ahora?

LA SEÑORA

Es que la pobreza me aterra. Además. No tengo un centavo. Ando estrictamente con cien dólares y tengo que pagar la cuota del club. La nena va a bailar esta noche y necesita unos zapatos color café. (*Afuera suena una bocina.*) Es mi marido... cuestan treinta dólares... Es un desesperado. Así que ya lo sabes... Si no con mucho gusto... Me regalas el nombre... ya voy... ¿sí? (*La Mujer asierte.*) Déjame besarte... Mañana por la tarde vengo con un periodista... quiero que hagamos un buen reportaje. No sabes cuánto siento lo de la pobreza... cuánto... cuánto lo siento... y gracias, gracias, gracias amada Magdalena.

La mujer ve salir la señora y queda como aturdida. Por la puerta, asoma, digno el enviado. Viste pantalón y chaquetón negros.

EL ENVIADO

(*Desde la puerta.*) ¿Estorbo?

LA MUJER

Nunca, nunca. Pase Padre. (*La mujer avanza hasta el enviado y le besa la mano. Una especie de sosiego la invade.*) Gracias.

EL ENVIADO

¿Por qué?

LA MUJER

Por venir hasta acá y... por dejarme besarle la mano.

EL ENVIADO

Qué es eso de gracias, muchacha. Déjate de tonterías. ¿Estás cansada?

LA MUJER

Muerta.

EL ENVIADO

(Corrigiendo.) Eso, cuando sea la voluntad de Dios. (Mirando a su alrededor.) ¿Qué le han hecho a tu pobre cuarto?

LA MUJER

Mucho menos de lo que me han hecho a mí.

EL ENVIADO

Tú has querido que te hagan. Te has expuesto. En más de una ocasión quise advertirte del peligro que corría tu alma. No me hiciste caso. No estoy en ánimo de regaños, a qué negarlo. Pero no me resisto a dejar de halar las orejas.

LA MUJER

Regañe cuanto quiera. Usted puede siempre.

EL ENVIADO

¿Qué está pasando por aquí?

LA MUJER

Yo no sé.

EL ENVIADO

La gente parece saber.

LA MUJER

¿Qué dice usted?

EL ENVIADO

¿Qué digo yo? Eso me pregunto cada día... qué digo yo... No sé... Le pido al Todopoderoso inteligencia para entender esto. Pero aún no veo claro. Veo sí... la devoción de la gente... una devoción ansiosa, poco calmada. Como si hubiesen injertado el miedo y la fe. Es extraña la conducta de todos. Una agitación nueva les ha irrumpido por el pecho, agitación que ha terminado por desvelarme. Ayer tuve que regañar a una que

besaba ardientemente un pedazo de tu traje. La fe parece salir del aire, de la tierra, qué sé yo... Como si fuera realmente un milagro.

LA MUJER

¿Cómo si fuera?

EL ENVIADO

No seré yo quien diga lo que es o no es. Ni me da el cerebro para tanto. Ha habido tantos casos en que la histeria y la mentira se han apoderado de las gentes que ya uno se resiste a manifestarse sobre el particular. Aunque sí veo... que hay un cambio...

LA MUJER

Sí... hay un cambio. Es decir no... No sé... No sabría.

EL ENVIADO

¿No piensas igual? Tus mismas amigas han abandonado aquella ostentación necia en el vestir y el presumir de un oficio francamente desalentador. Los hombres ya no desafían su perdición como antes. Es una transformación notable. Eso es lo que en el fondo me preocupa.

LA MUJER

A mí también me preocupa. De otra manera.

EL ENVIADO

¿A ti?

LA MUJER

Sí.

EL ENVIADO

Pero tú eres la única que puede quedarse tranquila. Porque de ti nace todo el misterio. ¿No fuiste tú la de la visión?

LA MUJER

No.

EL ENVIADO

(Asombrado.) ¡Yo te oí gritar milagro en medio de la calle!

LA MUJER

De eso quiero hablarle. Por eso le pedí que viniera.

EL ENVIADO

Bien, aquí estoy.

LA MUJER

Siéntese.

EL ENVIADO

Así estaré más cómodo.

Se sienta.

LA MUJER

¿Empiezo?

EL ENVIADO

Sí... hija mía.

LA MUJER

Hay cosas que no salen de sopetón. Esta es una. Además, un hombre de la iglesia impone siempre un... grave respeto... Quiero... que me prometa paciencia.

EL ENVIADO

Habla muchacha, que se te está yendo todo en rodeos.

LA MUJER

Usted sabe mi nombre.

EL ENVIADO

Sí... hace buen tiempo que nos conocemos. Te llamas Maggie.

LA MUJER

Por ahí quiero empezar... Una vez... no... Había una vez una mujer llamada Maggie...

EL ENVIADO

Esa eres tú.

LA MUJER

Esa soy yo.

EL ENVIADO

Bien... continúa.

LA MUJER

Maggie era alegre... De vez en cuando... a menudo... casi todas las noches Maggie subía un... hombre a su cuarto.

EL ENVIADO

(Serio.) Maggie parece muy cariñosa.

LA MUJER

Era cariñosa, claro que sí. ¡Le pagaban por ser cariñosa! A veces Maggie no quería... no podía ser cariñosa... pero aparecía un hombre con el bolsillo lleno de dinero. Nadie sabe lo que es el dinero para una muchacha como Maggie. Aunque Maggie no quisiera o no pudiera... se mostraba cariñosa. Así Maggie aprendió a mentir. Maggie conoció un día que no estaba cariñosa a un hombre muy cariñoso que le pedía un milagro.

EL ENVIADO

¿Te pedía un milagro?

LA MUJER

Sí.

EL ENVIADO

(Sin inmutarse.) ¿Cómo podía pedirte un milagro?

LA MUJER

Quería que lo inventáramos.

EL ENVIADO

¿El milagro?

LA MUJER

Sí.

EL ENVIADO

Sigue. Rápido.

LA MUJER

Me obligó entonces a ver a Dios.

EL ENVIADO

(Tenso.) Cómo podía obligarte a ver a Dios.

LA MUJER

A decir que lo había visto en una nube de fuego.

EL ENVIADO

Qué más.

LA MUJER

Y que Dios me había dicho que mandaba a su hijo.

EL ENVIADO

No sigas. (Aplastado.) ¡Han inventado un milagro! Han sido capaces de mentir en nombre de... de... Pero a qué hemos llegado. Quién piensa el hombre que es, para desafiar lo perfecto. ¡Qué mundo habitamos que toma su nombre como escudo para la peor mentira! ¡Han inventado el milagro!

LA MUJER

Él me obligó.

EL ENVIADO

Nadie podía obligarte estando tu Dios envuelto. No tenías ni que oír lo que un endemoniado te dijera. Una vez Dios traicionado qué te podía quedar: el castigo. Has comprado el castigo. No te bastó con vivir en pecado todos estos años. Te pareció llano ese abismo. Pagaste a precio alto el hundirte más.

LA MUJER

Dios sabe que yo quería salvarlo.

EL ENVIADO

¿De qué? ¿De tu vileza? ¿De tu vergüenza? ¿De tu rencor?

LA MUJER

No, de Él, de Él mismo. Salvar a Dios de Dios, salvarlo del miedo de los hombres, salvarlo de las oraciones huecas, salvarlo de los templos fingidos. Salvarlo del temor que es su nombre.

EL ENVIADO

Y tratándose de Él, nada mejor que la mentira.

LA MUJER

Mentira grande la del otro. Me dijo que Dios se había escondido porque nadie le hacía caso. Me pidió que ayudara a rescatarlo. Yo no esperaba que sucediera esto.

EL ENVIADO

Pero hablaste en su nombre. Qué cabeza humana infama así. Qué puede asombrar ya. Falta esperar que desate su ira y nos arrastre a todos, pecadores.

LA MUJER

Lo peor no está dicho.

EL ENVIADO

(Sin aliento.) Sigue.

LA MUJER

El hombre ha cambiado. Antes pensaba hacerse rico a través del ciego temor ajeno. Veía en el juego un negocio jugoso que le haría cómodo el vivir. Ahora padece delirios de grandeza. Se cree dueño de una bendición divina. Empieza a creer que... que Dios Todopoderoso se ha mudado a su entraña.

EL ENVIADO

Es un pobre loco. No habrá que hacer mucho esfuerzo para reducirlo a la habitación de un hospital. No hay por qué concederle inmensidad y poder.

LA MUJER

No conoce usted el arma de ese hombre. ¡La más afilada y segura! La fe de ellos.

EL ENVIADO

(Sintiendo.) La fe que los ha cambiado. Dios me ilumine la salida. Estamos apresados. Pero hay que decidir. Hay que inclinarse en esta desesperada carrera por el mal menos dañino. Y ese será el que enferme la menos gente posible. *(De pronto.)* ¿Te acuerdas de la tarde que dijiste la gran mentira?

LA MUJER

(Avergonzada.) Sí... me acuerdo.

EL ENVIADO

¿Quieres recordarla para mí?

LA MUJER

Cómo

EL ENVIADO

¿Qué hacía la gente?

LA MUJER

Gritaba.

EL ENVIADO

¿Qué gritaba?

LA MUJER

Santa... santa... milagro... santa. Casi me desnudaron. Me besaron. Me rompieron el traje en cantos.

EL ENVIADO

¿Sabes en dónde están esos pedazos?

LA MUJER

No.

EL ENVIADO

En sus llagas.

LA MUJER

¿En dónde?

EL ENVIADO

En sus penas. En sus dolores. He visto pedacitos de tu traje en la pierna enferma de una mujer, en la mano hinchada de una nenita. Ayer una compartía su pedacito de trapo con otra, diciendo: Me bajó la fiebre desde que me lo puse en el pecho. Y la otra lo guardó con una devoción hermosísima. No es que eso sea lo mejor. Un pedazo de tu traje es una majadería como otra cualquiera. Pero un pedazo de tu traje movido por la gracia de Dios puede ser bálsamo para el cuerpo y el alma. He visto desde el día del milagro *(Sonríe.)* del milagro... cómo se enderezan las voluntades. La iglesia no podía manifestarse. No podía asegurar nada. Pero callamos. Fue nuestra

manera de hablar. Dejamos que todo corriera... Vimos cómo se levantaba este circo, pero vimos también cómo maduraban los corazones. Nuestra misma fe ganaba con esto. Había más gente en la iglesia... había más feligreses atentos... había más gente en ánimo de abrir el pecho. (*Triste.*) Pero de repente tú... la visionaria... la redimida... la escogida... la Magdalena... te arrancas el antifaz, saludas y dices: ya todo ha terminado.

LA MUJER

Por lo menos volveré a llamarme Maggie la del siete.

EL ENVIADO

¿Nada más? ¿Y ellos?

LA MUJER

¿Quiénes?

EL ENVIADO

Los que han creído. Los que no se detuvieron a dudar. ¿Qué harás con ellos?

LA MUJER

Les diré que todo fue mentira.

EL ENVIADO

(*Despacio.*) Eso no lo sabrán nunca.

LA MUJER

(*En un grito.*) Pero todo es mentira.

EL ENVIADO

Fue mentira hasta que tú lo dijiste. Ellos lo hicieron verdad.

LA MUJER

Pero no pueden vivir ese engaño.

EL ENVIADO

El engaño terminó cuando tú gritaste milagro. Tú pusiste la hiel pero ellos la trocaron en amor.

LA MUJER

Por una vez necesitan saber la verdad.

EL ENVIADO

¿Cuál?

LA MUJER

La única. Que no vi nada... que no oí nada...

EL ENVIADO

Fíjate Magdalena que lo que importa es creer. ¡Ellos han creído!

LA MUJER

Una mentira.

EL ENVIADO

(*Lentísimo.*) La verdad es cuestión de distancia. Desde ellos se ve mucho mejor. Mira cómo ha cambiado el fango. Porque ellos lo ven desde lejos. ¿Crees que quedarían vivos si supiesen que todo es falso? Se les moriría lo único que hay que salvar: el alma. ¿Crees que quedarían sanos si supieran que es mentira? Se les dañaría el corazón de tal manera que habría que sacárselo.

LA MUJER

¡Dios no puede ser burlado!

EL ENVIADO

Claro que no. Aún nadie lo ha hecho.

LA MUJER

Yo lo hice.

EL ENVIADO

No seas soberbia. Tú te has ensuciado las manos, nada más.

LA MUJER

Padre, usted me pide que mienta.

EL ENVIADO

Yo te pido que no destruyas. Vamos a callarnos todos, tú, él, Dios y yo. Vamos a pecar a conciencia. Vamos a condenarnos quedándonos con la mentira. Ya hemos tenido demasiado. Ahora quiero irme. Necesito encontrar mi centro. Todo ha sido tan rápido que... las emociones andan sueltas. Puedo sentirlo aquí en el pecho. No te sé explicar, pero... algo... nuevo me está naciendo... algo que jamás había sentido. *(Se palpa el pecho brevemente.)* Como debe ser la paz última... Demasiado sosiego... mucho amor... Será... ¿será esto la presencia de Dios?

LA MUJER

Acaso sea.

EL ENVIADO

Pues que empiece el silencio.

LA MUJER

(Con rencor.) ¿Y él?

EL ENVIADO

¿Dios?

LA MUJER

No... Él... El hombre.

EL ENVIADO

Lo espera el juicio del Padre.

LA MUJER

Y si Dios no existiera... Y si Dios sólo fuese un pretexto para hacer temer a los que nada saben. ¿Quién lo juzgaría?

EL ENVIADO

(Dudando un instante.) Si Dios no existiera... si Dios no existiera... ese hombre quedaría libre... y el mal vencería sobre el bien. *(Sencillo.)* Sería demasiado injusto. *(Sonriendo.)* Magdalena. Solamente porque ese hombre ha vivido hay razón para creer en Dios y esperar siempre su fallo.

El enviado sale. La mujer se sienta en una silla con la cabeza baja. Luego se levanta y camina hasta detenerse frente a la cuarta pared. Comienza a monologar débilmente.

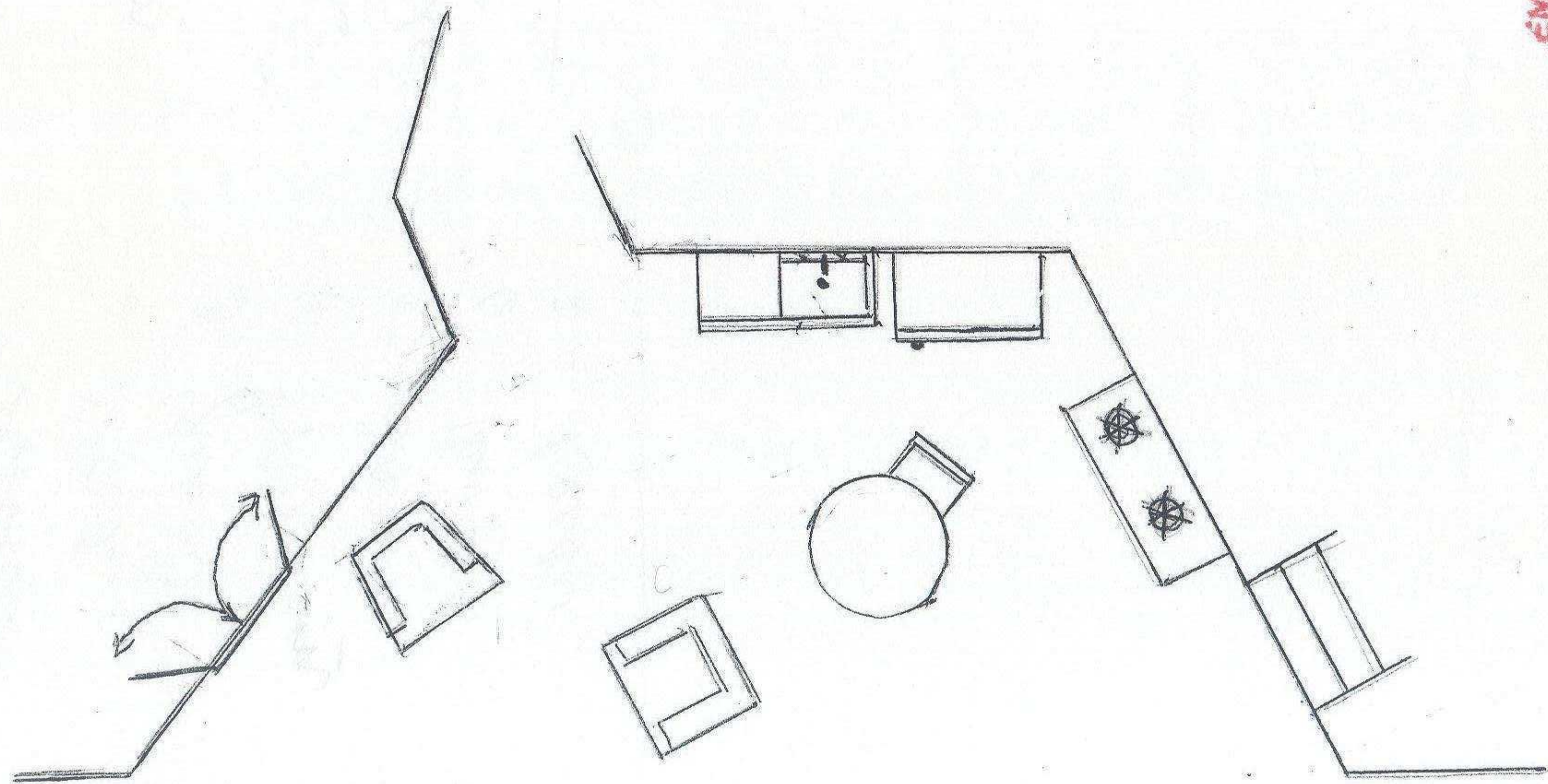
LA MUJER

Es cierto. Acaso sea Dios ese amor. O acaso sea Él esta mentira. Acaso sea Él esta rabia, esta protesta que me golpea la entraña borrándome la gana de existir. ¿Por qué no? A lo mejor Dios es una silla vieja y muda o un cántaro lleno de agua. ¡O vacío! O a lo mejor Dios es aquella puerta por donde se llega a cualquier sitio. Eso es. Dios es una puerta ancha por la que cabe el mundo completo. ¡Completo! Puerta que da paso al hambre, al engaño, a la traición. Aquí estoy frente a la puerta. Sola. Empezando otra vez. Aunque ya todo ha terminado. Si aquel hombre no llega a mi ventana nada habría pasado. Pero yo dejé que entrara. Es mía la culpa. Dios sigue siendo inocente. Por eso, esté o no esté en los cielos, santificado sea su nombre. Voy a llamarme siempre Magdalena. Hágase así, su terrible voluntad, allá en su tierra como acá en mi infierno.

El telón baja rápido.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

- 1- al lado verten el/los butaca
- 2- ella se levanta una



SEMINARIO MULTIDISCIPLIN.
 JOSE EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 RECINTO DE RIO PIEDRAS

O CASI EL ALMA
 ACTUACION TE GON